

Juan Carlos Heras Sánchez

MEDITACIONES ANTE EL CRISTO DE LA CARIDAD

Hermandad de Santa Marta

Sevilla, 24 de marzo de 2012

I. Te necesito a Ti! ¡Sólo a Ti!

¿Te acuerdas Señor? Fue un cinco de abril cuando la ciudad se recuperaba de las emociones sentidas y compartidas a través de los ritmos cuaresmales y pasionistas, que aquí vivenciamos con tanta complacencia. Fue en tu capilla, a tus pies, sonó el golpe seco de un ataúd. Las piernas me temblaban, la boca seca y áspera tragaba una mezcla de sangre y hiel. Mirándote, te grite desde mi interior, como si estuviese cubierto por el antifaz de mi túnica. “¡Te necesito a Ti, sólo a Ti, Señor! Necesito hoy, saber más que nunca, ¿qué es tu Caridad?”.

Como la noche esconde en su oscuridad la súplica de la luz, así en la oscuridad de mi inconsciencia, aún resuena ese grito. ¡Te necesito a Ti, sólo a Ti! Porque solo Tú, desde el silencio del sepulcro podías ayudarme en aquel momento a explicarme, a superar, a entender, cómo un cristiano puede soportar el dolor y el sufrimiento.

El grupo que allí rodeábamos el cuerpo del amigo, del compañero, éramos la viva imagen de las figuras que te acompañan en tu paso. Como ellos, no entendíamos nada. En los rostros, el dolor por la pérdida del amigo, el corazón roto, la desesperanza, el fracaso, la pregunta que parece eternizarse ¿Por qué? ¿Por qué termina así la bondad, la verdad, el amor? Era como ver el reproche que parece asomar en el rostro de la Magdalena: *¿qué habéis hecho, no veis que habéis matado la Vida, mi vida?* O las de la profunda pena que salen de los labios de Nicodemo y José de Arimatea: *¿es que no había lugar para él en este mundo?* Igual que ellos, no podíamos ver más allá del dolor y del fracaso.

Bien lo expresó tu hermano Juan al decir: *sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte.* Al levantar el cuerpo del amigo, apiñados todos, como quizás nunca lo estuvimos, trasminados el surco de los ojos por las lágrimas, aturdidos los oídos por los cantos de voces entrecortadas entre llantos, fui entendiendo las palabras del apóstol: no lo estábamos trasladando de la vida a la muerte, porque ese hombre, noble, generoso, fiel, con sus defectos, había amado en esta vida con tanta fuerza que su destino no era, como en tu caso Señor, la muerte, sino la vida.

Y fueron llegando las palabras de Agustín: “El que reúne todas las demás virtudes y no tiene caridad es como el que transporta el polvo contra el viento”. (SAN Agustín, Sermón sobre la humildad y temor de Dios). Y las de Tomás: “La caridad es el camino para seguir a Dios más de cerca” (SANTO TOMAS, Coment. sobre la Epístola a los Efesios, 5, 1). La Caridad es lo que más nos asemeja a Dios, porque se alimenta de su oración, y nos atrae la misericordia Divina.

En confianza Señor. Aprovechando este momento tan rotundo, tan de Verdad que se me ofrece, en esta cálida intimidad, te digo: qué difícil ser coherentemente cristiano. Los cofrades, por ejemplo, tendemos a vivir con distintas perspectivas, distintas lógicas... Tú lo sabes. A veces nos sentimos como tocados por la vara directa de Dios, y otras nos juzgamos necios. Se nos llena el alma de divinidad hasta las entrañas más profundas, y en otras aplicamos el, si te he visto, no me acuerdo. Hacemos obras en las se puede palpar tu presencia, y otras en que te negamos y desdoramos. Reconócelo, Señor, es difícil vivir tu lógica. Es osado tener tu asertividad en la vida.

Desde aquel grito, tu imagen siempre me ha revelado la verdad de una frase que aprendí mirándote cuando estás crucificado en la Magdalena: *no se puede rezar el padrenuestro y a continuación decir, yo perdono pero no olvido*. ¿Hay algo más cercano a la caridad cristiana que el perdón? Quizás es una de las dimensiones más profundas de la vida. Cuando uno ha experimentado la vulnerabilidad, cuando uno se siente herido por quien ama, cuando te falla alguien de quien te has fiado, cuando sabes que no hay marcha atrás, que los gestos o las palabras, o las acciones ya han desencadenado huracanes... no hay nada más bello, que descubrir tu otra lógica, tu infinita coherencia. No la del rencor y la venganza. No la del agravio sin salida. No la del reproche definitivo. Sino la disposición para ayudar a sanar. La de mantener los puentes tendidos. En resumen, la que anunciaba el apóstol Juan: *la de amar o ser amado*.

Y desde entonces he descubierto que sólo hay una moldura que pueda explicarte a Ti como figura de hombre sufriente. Este marco es, paradójicamente, Tu alegría Cristo de la Caridad. Sólo tiene de veras capacidad de sufrir mucho quien la tiene de gozar profundamente. Tú eres imagen de siervo sufriente, no lo dudo, pero te cuadran más las de libertador, hermano, amigo, sembrador de consuelo y gozo en la existencia humana. Es verdad que el hombre contemporáneo, solo afrontamos el dolor anestesiando los niveles de la lucidez y la profundidad humana. Para nosotros el dolor es una rareza, algo poco conocido, ajeno a la vida, absurdo e intolerable.

Tú no tienes necesidad de aletargar la profundidad humana porque para Ti es gozosa. Se nota en tu rostro que esa profundidad te la ha otorgado la paternidad acogedora de Dios, al que puedes llamar, al que podemos llamar Abba (papaíto, padre mío), palabra usada por el niño

pequeño. Nunca usada por nadie en otras religiones para dirigirse a Dios. Abba, papaíto, es sinónimo de confianza, sinónimo de intimidad, sinónimo de seguridad, sinónimo de alimento.

De ahí proviene la alegría de tu rostro, al arrancar de la experiencia de Dios como experiencia gozosa, que descubre las posibilidades de apostar por el hombre para poner en sus labios el vocablo judío *shalom*, paz bíblica, lo contrario de dolor.

En tu cuerpo lánguido, aplomado, dulcemente dormido, encontré la respuesta al grito desgarrado del dolor de mi lógica humana. En él, hallé una llamada irresistible, inapelable, no coactiva, una acogida tan profunda que llega a convertirse en perdón de Dios, ¡y tiene que ser de Él!, pues hasta allí no puede llegar ningún encuentro humano. Y es que nada prueba mejor lo rancio y la maldad humana que la incapacidad del hombre religioso de aceptar la bondad de Dios.

Miradle, y os daréis cuenta que no ha sido vencido por el dolor. Observarle y descubrir esa fuerza interior, para ser consciente de la capacidad que tiene el ser humano, cuando se abre a la profundidad de la vida y a la experiencia de Dios, de Abba, de Papá.

¡Que nadie nos narcotice Señor! Si las pasiones y los sueños no pudiesen crear nuevos tiempos futuros, la vida sería un engaño, pero es verdad, que en el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche, viene una aurora sonriente.

II. Silencio y espera del Sábado Santo

Al ocultarse la luz del Jueves Santo, aparece la luna color de hueso, recortada en el cielo, blanqueando la alfombra verde y dura de Getsemaní, manchada tan sólo por las negras sombras de los árboles que se retuercen del miedo. Esta luna llena, siembra de plata las hojas de los olivos viejos. Y las tinieblas de la noche darán sombras, sombras de luna llena, para verlas llena de vida, en la salvífica madera de la cruz en el Calvario.

“El grano de trigo tiene que morir para dar fruto” (Jn 12, 24), es la mejor y más completa definición del AMOR. En él hay vida latente, la semilla que ya se está resquebrajando para germinar rompiendo la tierra... El anhelo del hombre, es como el sentimiento que nos embarga el Sábado Santo. Cristo ha muerto, pero, la muerte no tiene la última palabra, es día de espera adorando la cruz, árbol del que brota la vida.

Al contemplarte, percibo cómo tu cuerpo, en su postración, en su extenuación y en su agotamiento, busca, a través de tus finas y huesudas manos (que tanto sanaron y perdonaron), a través de sus alargados dedos índices adelantados y separados, el fruto de la tierra y la atención del hombre para decirnos: ¿qué más puedo hacer por ti?

Cada día nos encontramos, muchos silencios y muchas dudas, Señor. ¿Es posible la alegría cuando se maltrata la realidad? ¿Por qué acumulamos los hombres tanta insatisfacción? ¿Cuál es la causa de que estemos siempre con nostalgias de lo perdido y esperando lo que nunca acaba de llegar? ¿Hemos disipado la capacidad para celebrar la vida? ¿No será que de tanto evitar el dolor, no dejamos que aflore lo más humano?

Tu muerte es consecuencia de un modo concreto de vivir que dice: hay que exponer la vida hasta el final, al servicio de los que no tienen esperanza. Te ejecutaron los poderosos en el centro político y religioso de Israel y pasaste a enmarcarte en el silencio del Sábado Santo. Un silencio que parece abonar el fracaso de tantas utopías, de tanta bondad y confraternidad, que se diluyen en la trama de egoísmos, injusticias, traiciones y vilezas. Somos tan pretenciosos, que no podemos respetar el derecho de Dios a callar. ¿Cómo podemos negar a Dios el poder hacer comunidad compasiva, para compartir el duelo y el llanto, por su Hijo?

Quizás tenga que ver con la manera de entender nuestra relación con el Dios de la Vida. Con la Caridad y el Amor no caben contratos. Detrás de los más duros y resentidos momentos de mi relación contigo Señor, Tú lo sabes, han sido los basados en una permuta de prácticas piadosas a cambio de un seguro frente a las adversidades. Y tengo que admitir que ese vivir no abarca la alegría, porque corroe mi interior, pues cuando ocurre me parece que el precio a pagar ha sido muy alto y deja paso a la insatisfacción y la duda. Es como si las prestaciones de un coche no cumplieran mis expectativas como cliente y ese requemor interior no me permitiera disfrutar del paisaje cuando voy conduciéndolo, de percibir que ese paisaje, que es la vida, se puede vivir de otra manera: como Don y Gracia. Desde aquel grito he ido comprendiendo, que solo puedo dirigirme a Ti desde el ámbito de la gratuidad.

Gracias, Señor, por enseñarme que no eres mi Amo, que nuestra dependencia no se basa en una contraprestación de servicios. Que tu alegría brota cuando emerge la vida y que ella es inherente al mismo vivir, al igual que lo es el sufrir, porque ambas forman parte de la condición

humana. Que tú alegría Señor proviene de la gratuidad, de reconocer la vida como don y no como una posesión.

Junto al tiempo de silencio, el Sábado Santo es momento para detener este mundo de ajeteo, en una sala de espera de la estación de la vida, en la que algunos se desesperan y caminan nervioso de norte a sur de este a oeste, pues sospechan que ya nada se puede esperar, cuando parece que nada puede pasar; mientras que otros, arrumbados en sus asientos, miran al vacío para intentar recuperar la nostalgia por lo que parece perdido, y en general la incertidumbre ante lo que pueda llegar. Este es un día y una espera para confianzas sin pruebas, para los fuertes en la fe, para los que buscan sin prisas, sin límites temporales. Es el tiempo de los discípulos asustados (bien lo sabéis vosotros, hermanos de Santa Marta). Y ¿por qué no?, el tiempo de calma insegura de quienes le han condenado.

No me resisto a compartir con vosotros el impresionante misterio del Sábado Santo, que nos plantea ese gran teólogo, al que cada día me gusta más leer, Benedicto XVI o Joseph Ratzinger. Asentado en el abismal silencio del día, pone de manifiesto el tremendo realismo que en nuestra época le hemos dado a ese silencio, pues lo hemos convertido en el día del ocultamiento de Dios. El Viernes Santo podíamos contemplar aún al traspasado; el Sábado Santo está vacío, la pesada piedra de la tumba oculta al muerto, todo ha terminado, la fe parece haberse revelado a última hora como un fanatismo. Sábado Santo, día de la sepultura de Dios. Y se pregunta *¿No es éste, de forma especialmente trágica, nuestro día? ¿No comienza a convertirse nuestro siglo en un gran sábado santo, en un día de la ausencia de Dios?*

Y responde con enorme dureza: *Dios ha muerto y nosotros lo hemos asesinado. Lo hemos asesinado cuando lo encerrábamos en el edificio de ideologías y costumbres anticuadas, cuando lo desterrábamos a una piedad irreal y a frases de devocionarios, convirtiéndolo en una pieza de museo arqueológico; lo hemos asesinado con la duplicidad de nuestra vida, que lo oscurece a él mismo; porque, ¿qué puede hacer más discutible en este mundo la idea de Dios que la fe y la caridad tan discutibles de sus creyentes?*

Para ejemplificarlo, nos aclara: *hay en el evangelio una escena que denuncia de forma admirable el silencio del sábado santo y que, al mismo tiempo, parece como un retrato de nuestro momento histórico (Mc 4,35-41; Mt 8,23-27; Lc 8,22-25). Cristo duerme en un bote, que está a punto de zozobrar asaltado por la tormenta. Dios duerme mientras sus cosas están a punto de hundirse: ¿no es ésta la experiencia de nuestra propia vida? ¿No se asemejan la Iglesia y la fe a un pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente? Los discípulos, desesperados, sacuden al Señor y le gritan que despierte; pero él parece asombrarse y les reprocha su escasa fe. ¿No nos ocurre a nosotros lo mismo? Cuando pase la tormenta reconoceremos qué absurda era nuestra falta de fe.*

¡Cristo de la Caridad!. Gracias por este Pontífice, que razona de esa manera tan nítida y clara. Desde que en nuestra cultura le dijimos a Dios que se desentendiera del mundo; que nosotros lo íbamos a gestionar, porque era nuestro; que no se preocupara, que adultos éramos para llevarlo a buen fin, nos estamos quedando sin referencias, sin tierra firme, sin suelo, sin raíces. La comunidad cristiana, y dentro de ella los cofrades, tenemos que ser una comunidad de memoria. No podemos perder

memoria, no nos lo podemos permitir en virtud de la «memoria de Jesús». No podemos dejar de recordar que es posible vivir la vida como regalo, como don, como invitación. Y cuando se reconoce el don, se crece en libertad y en compasión.

Hay que recordar que la oración de Jesús es en plural; se invoca a un Padre de todos y creador de todo; no excluye, sino que incluye un «nosotros» que es la condición humana. La libertad consiste en negarle a nuestra muerte la última palabra. No podemos ser tan egoístas como para creer que cuando el yo se acaba, todo se acaba.

III. Las mujeres

Y no me puedo olvidar de ellas, las mujeres que miran la cruz de lejos. ¿De dónde han sacado la fuerza para permanecer allí cuando otros se han alejado? Están juntas. Expuestas a su vez a otras miradas. Solemos encontrarlas creando comunidad. “Relacionándose en torno a Jesús, compartiendo sus bienes, sus saberes y su cariño” (Lc 8,2-3). Algunas de estas mujeres le han confirmado en su capacidad sanadora, se han atrevido a tocarlo más allá de los tabúes. Le han confrontado en su modo de entender la misión o derramaron sobre el cuerpo amado de su Señor lo más valioso que tenía.

Y entre todas, Marta, vuestra Marta. Ama de casa, señorial, atractiva. Su cuerpo es como el ave que se alza en el nido para cuidar de los gorriones. Va explicándole a Jesús, como va poniendo en orden un mundo ajetreado y complejo. Y Jesús le susurra al oído: *Marta, recuerda siempre que sólo una cosa es necesaria: escuchar y agradar a Dios. Mirarlo y adorarlo.*

Apartar la mirada o sostenerla. En eso se nos juega el camino. Desviarnos, dar un rodeo, pasar de largo o detenernos a mirar y dejar que el rostro que miramos, el del Cristo de la Caridad, se imprima en el nuestro.

Y al final María. Al final siempre está María. Y eso que ella fue una mujer de comienzos, de primavera recién estrenada, de inauguración de tiempos y espacios. El canto que un día entonara, canto exultante de alabanza, la consagró como profeta de Dios. La voz de aquella Mujer se funde hoy con la nuestra, voz de retos y desafíos, pues la Iglesia que con María se inauguró es hoy una realidad más grande, más vasta y compleja.

Ella nunca falta y menos podía hacerlo en el entierro de su Hijo. Es curioso, no sabemos cuándo ni dónde murió, ni siquiera si murió. Y es que para Ella sólo Dios era importante, para Ella solo Dios es importante. Escribía Tagore, “Dios se cansa de los reinos, nunca jamás de las florecillas”. ¿No os habéis fijado nunca? Seguro que sí: Qué ojos los de vuestra Madre, La Virgen de las Penas, mira posándose en lo que mira, igual que el pájaro se posa en la rama y esta se estremece gozosamente porque le ha nacido un cantor; ella es como una ventana abierta al cielo limpio de Dios. Poder ver todos los días ese cielo limpio es una cura de salud. Y mirarlo a través de la ventana del corazón de María de las Penas una hermosa gracia también gratuita.

Si me atrevo, por un instante, a quitarte la aureola, es porque quiero ver lo hermosa que eres al natural. Si apago los reflectores que apuntan hacia Ti, es porque me parece que así percibo mejor la omnipotencia de Dios, que detrás de las sombras de tu carne ha escondido las fuentes de la luz. Madre del Hijo de la Caridad, mujer misionera; cuando la Iglesia que Tú inauguraste nos quedemos tranquilos dentro de las tiendas, a donde no llega el grito de los pobres, danos la valentía de salir de los campamentos, a buscarlos donde ellos estén.

IV. Epílogo

Cristo de la Caridad. Mañana volveré como cada Domingo de Pasión, me pondré en un lateral y tornaré a mirarte intensamente concentrado y volverá a ocurrir el milagro. Me iré lleno del sentido de la Cruz, lleno de un ser superior que no está vencido, que me da fuerzas y me estimula a la vida, que me invita a hablar a descubrirme a mí mismo en la oración íntima y dialogante con él. Me expondré al valor del sufrimiento, cuya aceptación y superación me hará más libre. Me iluminarás, para formar parte de una Iglesia autocrítica y constructiva, arriesgada y valiente, sin complejos, en la que las cofradías y hermandades hemos de ser las abanderadas de la fe, la esperanza y la caridad y no de los minutos ni del dinero.

Para que la oración sea auténticamente cristiana “es esencial el encuentro de dos libertades, la infinita de Dios y la finita del hombre”. En el clima de la civilización moderna el hombre pierde la actitud de meditación, de reflexión, de recogimiento y de admiración. Todo esto repercute sobre la vida de la fe.

Y vosotros, hermanos de Santa Marta, tenéis la inmensa fortuna de contemplar a un Dios con esa clara piel, salpicada de manchas verdosas que nos acercan a la compasión del pueblo fiel, lo cual debería movernos en esta Cuaresma, nuestros materializados corazones a una conversión profunda.

Permitirme terminar, desde el recuerdo a quien me ha guiado en todo momento en esta meditación: vuestro hermano Engelberto. Generoso como José de Arimatea, servicial y activo como Marta, fiel como Juan. Desde el respeto al hermano, al cofrade, al cristiano. Desde el

abrazo eterno al amigo, te rezo, Señor al recordar aquel grito, ¡Te necesito a TI! Desde el que me fuiste enseñando, tu alegría y el valor de la condición humana.

Lo que vos queráis, Señor. Sea lo que vos queráis. Si queréis que, entre las rosas ría hacia los matinales resplandores de la aurora, sea lo que vos queráis. Si queréis que entre los cardos sangre, hacia las insondables sombras de la noche eterna, sea lo que vos queráis.

Gracias si queréis que mire, gracias si queréis cegarme, gracias por todo y por nada, lo que vos queráis, Señor, sea lo que vos queráis.

AMEN